

Quinta parte

AQUEL DÍA EN OGLALA: 26 DE JUNIO DE 1975

*Cuando muere un blanco, aunque se lo haya buscado
él mismo, todos los indios son culpables.
¿No ha sido siempre así?*

CAPÍTULO 27

El 26 de junio de 1975 comenzó como un bello día de inicios de verano, el aire era dulce y pesado después de una tormenta nocturna de especial violencia que por poco no voló nuestras tiendas. La lluvia nos había mantenido despiertos hasta tarde y yo había dormido en nuestra ciudad de tiendas provisional, como la llamábamos, hasta después de las once. Sentí una brisa cálida mientras me mantenía sudando sobre la bolsa de dormir en la tienda escuchando a las mujeres reír y chismear mientras preparaban el desayuno en la fogata al aire libre. Oí a una de ellas decir: “Ay, se me cayó la arepa al suelo y se enlodó”. Otra le respondió: “No te preocupes. Límpiala. No se darán cuenta”. Se refería a nosotros, los hombres. Reí por lo bajo con ellas. Tenían razón, no nos daríamos cuenta. Me llegaba el maravilloso olor de las arepas y ya veía el espeso sirope que pronto caería sobre ellas; les seguirían varias tazas de café hirviente.

Pero el sonido de disparos pronto interrumpió esta mañana bella y pacífica. Parecieron venir de lejos y al principio no les hice caso, pensando que sería alguien practicando en el bosque. Luego comencé a oír los gritos. El corazón casi se me salió del pecho. Nuestro campamento espiritual se había convertido de repente en zona de guerra. Enseguida pensé en todas las mujeres, niños y ancianos que había en el campamento, en nuestros anfitriones ya mayores Harry y Cecilia Jumping Bull en su casa en la loma. Para eso hicieron que viniéramos aquí: para que les salváramos la vida. Me puse las botas, tomé la camisa y un rifle y salí de la tienda a toda prisa. Eché a correr hacia la casa donde vivían los Jumping Bull. El calor del día me golpeó como un puño y, según corría, intentando quitarme el sudor de los ojos, dejé caer la bolsa de municiones. Silbaban balas de todas partes. Las oía volar sobre mi cabeza, a solo pulgadas de distancia. No había forma de decir quién disparaba a quién. Tuve que tirarme de barriga y arrastrarme.

Manteniéndome bajo la cubierta de los bosques y en cuclillas tras una vieja cerca de ganado, al fin llegué a la casa de los Jumping Bull y, para mi alivio, encontré que no estaban allí. Por suerte, resultó que

habían salido al amanecer para asistir a una subasta de novillos en Nebraska. Corrí a la casucha que había al lado, desde donde llegaban voces infantiles gritando de miedo. Las balas casi me rozaban los talones mientras corría... igualito a como se ve en el cine. Me di cuenta que atraía el fuego hacia la casucha. Si intentaba rescatar a los niños en ese momento, lo único que haría sería ponerlos en mayor peligro. ¿Cómo sacarlos de allí? Ni siquiera podía saber de dónde venían los disparos. Les grité que era el momento de mostrar valentía, de comportarse como guerreros. “¡Métense debajo de la cama y no salgan hasta que vengamos a buscarlos!”, grité y luego me alejé para desviar el fuego de la casa y de los niños que allí estaban.

Me refugié momentáneamente en una arboleda cercana e intenté entender qué demonios estaba pasando. Dos carros, de esos refulgentes que siempre provocaban problemas a los indios, estaban ladoados en un terreno situado junto a la carretera, tal vez a unos ciento cincuenta yardas de distancia. De ahí habían partido los primeros disparos que escuché, pero ahora venían de todas partes, de detrás, de delante, al parecer de todas las direcciones. ¿Estábamos rodeados y a punto de ser matados salvajemente? Disparé unos cuantos tiros sobre sus cabezas, tratando de no darle a nadie o a nada, solo para demostrar que teníamos defensas a fin de que no vinieran a matarnos sin más. Otros de los nuestros hacían lo mismo con los pocos rifles que teníamos. Como yo, disparaban sus rifles, casi todos de 22 y 30-30 calibre para cazar venados, casi siempre desde lejos, a los dos intrusos desconocidos e inesperados que habían entrado sin advertencia en los terrenos propiedad de Jumping Bull. Solo intentábamos ganar tiempo, tal vez asustarlos, al menos mantenerlos a raya un momento. Recuérdese que por ese tiempo había casi una guerra civil en la reserva. Desde hacía meses, escuadrones de GOON aterrorizaban la reserva disparando desde los carros, golpeando, asesinando abiertamente, quemando casi a diario las casas de quienes apoyaban a los ancianos y al Movimiento. Precisamente por eso los ancianos lakota nos habían llamado, para que los defendiéramos de los ataques de los GOON que servían como escuadrón paramilitar del FBI, la Oficina de Asuntos Indios y el consejo tribal. Eran ellos quienes tenían armamento militar potente y moderno, no nosotros.

Al rato, cuando comprendimos que quienes guiaban los dos carros brillantes, tirados en charcos de sangre junto a sus vehículos, al parecer habían muerto y que no eran GOON sino hombres del FBI, solo pudimos mirarnos con incredulidad horrorizada. Todos sabíamos el significado de esa mirada atónita y ausente que veíamos en los ojos

del otro. Si los agentes habían muerto, nosotros —los indios que estábamos ese día en los terrenos de Jumping Bull, fuéramos hombres, mujeres o niños— también éramos cadáveres. Incluso si solo hubieran sido heridos, habíamos muerto. Sabíamos que no nos tomarían vivos aunque intentáramos rendirnos. Solo unos pocos minutos antes estaba haraganeando en mi tienda, bostezando y sonriendo y estirándome, en espera de un buen plato de arepas cubiertas de sirope. Ahora era hombre muerto. Todos lo éramos.

Les narro solo lo que vi y experimenté personalmente en aquel momento, la percepción muy limitada de un hombre en una escena de caos casi total... no cómo lo describieron luego el FBI y los fiscales del gobierno en detalle infinito, sangriento y muchas veces inventado. Como no se puede creer nunca todo lo que el gobierno dice, es imposible confiar en cualquiera de sus pruebas. Inventaron casquillos de bala, mecanismos de disparo, rifles completos, cualquier cosa para achacarme esas muertes, aunque en el tribunal de apelaciones de 1985 admitieron no tener idea de quién había matado a los dos agentes. No los vi morir, no tuve nada que ver en ello, hubiera hecho lo imposible por evitarlo si lo hubiera sabido a tiempo, pero en ese momento no había nada que yo o cualquier otro hubiera podido hacer. Estaba hecho.

Había allí docenas, tal vez cientos, de agentes del FBI, agentes del orden, GOON y vigilantes blancos que a los pocos minutos aparecieron de repente de la nada y todos disparaban contra nosotros. Y dos de los suyos estaban heridos, probablemente muertos, en la zona en que el fuego entre nosotros se cruzaba. No, no era probable que si nos rendíamos nos trataran con gentileza. La gente de Big Foot se había rendido, recuérdese. Incluso se dispararía contra los ancianos, las mujeres y los niños, como habían hecho con tanto entusiasmo en Wounded Knee I en 1890 ante una provocación menor. Estaba totalmente seguro de que nuestra suerte sería la misma. A todos los hombres y mujeres, ancianos y niños nos cazarían por las cuencas de los ríos y los barrancos, y nos matarían a todos como habían hecho en 1890. Al fin y al cabo, los suyos habían muerto y nosotros éramos indios. Cuando muere un blanco, aunque se lo haya buscado él mismo, todos los indios son culpables. ¿No ha sido siempre así?

Otros residentes del complejo de Jumping Bull, casi todos mujeres y niños, buscaban desesperadamente un lugar seguro en que esconderse. Advertí a todos que teníamos que salir del lugar, que nos matarían si no actuábamos con rapidez, e intenté de buscar un camino, una ruta, para sacarlos. Parecía imposible. Hacía falta un milagro. En algún lugar a lo lejos, por sobre el ruido rápido de los disparos, escuchaba el

zumbido de un pequeño avión observador que volaba en círculos sobre nosotros. No podía creer que todo esto se estuviera produciendo. Todavía me era imposible creer que nuestra maravillosa mañana se hubiera deshecho en una violencia demente y asesina tal. No sabía entonces por qué éramos objeto de un ataque tan feroz. Solo sabía que mi tarea, mi primer deber personal, era ayudar a proteger a estas mujeres inocentes y niños aterrorizados. Sabía que no me era posible rendirme ante mi propio miedo y me preocupaba que el pánico de cualquier otro provocara nuestras muertes.

Como confirmaron los documentos dados a conocer veinte años después, en 1995, por la Ley de Libertad de Información, se había reunido prácticamente un ejército —agentes del orden, grupos GOON y unidades especiales SWAT,¹⁰ vigilantes, la policía de la Oficina de Asuntos Indios, todo lo habido y por haber— en la zona para llevar a cabo un ataque paramilitar planeado a la reserva de Pine Ridge. Y el día había llegado. Era evidente que se trataba de una incursión planeada con antelación. Tal vez pensaron que podían venir a acabar con nosotros después que dos agentes atrajeron nuestro fuego, con lo que les dieron la excusa que necesitaban. Parecía que para nosotros no había salida alguna.

Y, sin embargo, a pesar de estar rodeados por cientos de agentes del orden, todos pudimos escapar de la zona de muerte, salvo el pobre Joe Killwright Stuntz, joven y asustado, un muchacho de veinte años miembro dedicado del Movimiento, que recibió en la frente un disparo de un asaltante desconocido, algunos dicen que un francotirador, otros que un asesino. Solo quienes lo mataron lo saben y nunca se les ha investigado. Como el gobierno tiene —y retiene a su antojo— todas las pruebas, es imposible saber con certeza qué ocurrió realmente.

Joe había tomado una posición de retaguardia para defendernos cuando escapábamos. Le dimos el nombre indio de Killwright en ceremonia póstuma. Me agrada que así fuera. Sé que para él es un consuelo. Es el nombre sagrado con el que se le conoce ahora en el Mundo del Cielo.

Oye, Killwright, mantén el fuego encendido y el café caliente hasta que yo llegue allá. No falta mucho.

Ese día, en medio de cientos de perseguidores enfurecidos, una banda aterrada compuesta por unas pocas docenas de hombres, mu-

¹⁰ Swat: Special Weapons and Tactics Team (Grupo de Armas y Tácticas Especiales), grupo especial de intervención oficial creado en los años sesenta en Los Ángeles.

jeros, niños y ancianos, de algún modo se hizo invisible. Creo que se debió a que Crow Dog había resucitado la Danza de los Fantasmas. Para esa ocasión concreta, el Creador, Wakan Tanka, nos prestó a cada uno de nosotros una camisa invisible de fantasmas, inmune a las balas del blanco. No sé por qué Joe Killwright Stuntz no la recibió a tiempo; tal vez estiraba la mano para tomarla en el momento que recibió el disparo. De haberlo sabido, con gusto le habría dado la mía. Y así el Gran Misterio se llevó a Joe, pero nos guió aquella tarde a los demás. Aunque podíamos sentir el viento de las balas según silbaban junto a nuestros oídos, ninguna dio en el blanco. Por todas partes había controles de carretera y unidades especiales SWAT. ¿Cómo escapar con este grupito aterrado del operativo de agentes del orden enloquecidos que nos iba envolviendo con toda rapidez?

Muchos estaban al borde del pánico, paralizados de terror, y recuerdo haber exclamado cuando los conducía a un barranco: “¡Una oración! ¡Necesitamos una oración!” Y todos nos agachamos en el terreno lodoso y aunque no estoy acostumbrado a guiar a otros en oración me oí comenzar a rezar. Escuché mi propia voz orando a viva voz, como desde una gran distancia, diciendo algo así como: “Tunkashila, Abuelo, Gran Espíritu, esperamos que nos muestres cómo escapar si deseas que sigamos con vida. Y si no lo deseas... si este es el día que has decidido llamarnos a casa contigo, lo aceptamos. De todos modos, no parecemos pertenecer a este mundo. De modo que te saludamos, Abuelo. De cualquier manera, lo que Wakan Tanka desea que ocurra, ocurrirá. O escapamos o vamos al Mundo del Cielo y vivimos con Abuelo. ¡Ambas cosas son buenas! ¡Ah-Jo!”

Esto pareció dar a todos nuevas esperanzas, nuevas fuerza y coraje, y yo comenzaba a comprender el verdadero poder de la oración. Incluso sentí una nueva fuerza, una nueva confianza dentro de mí. Y precisamente entonces, después de la oración, cuando intentábamos ver hacia dónde correr, un águila voló a un gran árbol cercano y lanzó ese estridente grito agudo de ellas, como el silbato sagrado de hueso de águila que se emplea en las ceremonias. Entonces salió volando, descendiendo directamente sobre nuestras cabezas en los barrancos llenos de maleza en que nos escondíamos. Era como si hubiera venido a mostrarnos el camino. Creo que así fue y lo mismo creyeron todos los que allí estaban. Todavía hoy lo creo. Seguimos la dirección de su vuelo y el águila nos condujo con seguridad a pesar del enjambre de agentes del orden y GOON que nos buscaban. Descubrimos, directamente debajo de donde el águila nos condujo, un caño de desagüe grande que pasaba por debajo de la carretera. Nos

metimos adentro, en medio de una oscuridad aterradora, andando en pies y manos —hombres, mujeres y niños— y salimos al fin a un pastizal bien alejado del operativo que rodeaba los terrenos de Jumping Bull. Entonces escuchamos disparos cerca y, comprendiendo que nos habían avistado, corrimos como el demonio, con las balas zumbándonos literalmente en los oídos, y subimos loma arriba hacia las colinas y los riscos de pinos cercanos, zigzagueando primero al este, luego al sur, de nuevo al este, rezando desesperadamente, creyendo que si seguíamos en movimiento escaparíamos de algún modo. Fue un verdadero milagro de milagros, que todavía hoy no comprendo, que el grupo completo —aparte de Joe Killwright Stuntz— lograra salir vivo aquel día. No había forma de que pudiéramos escapar, pero lo hicimos. Después supe que unidades de búsqueda peinaban el lugar, pero nunca oímos más que un avioncito en la distancia. Aquella águila sagrada hizo más que mostrarnos la dirección que debíamos seguir aquel día. Abrió sus alas y nos protegió. Nos hizo invisibles y nos llevó a lugar seguro.

Agradecemos, agradecemos, enormemente a las muchas personas que nos ayudaron a permanecer escondidos durante aquellos tiempos terribles y aterradores a gran riesgo de sus propias vidas, disponiendo refugios provisionales para nosotros noche tras noche. Más tarde supimos que indios de todas partes se habían reunido en los controles policiales de carretera y nos habían animado haciendo sonar el claxon de sus carros cuando escapamos. Se disparaba a diestra y siniestra, para que los perseguidores confundieran nuestra ubicación exacta. Amigos a los que ni siquiera conocíamos arriesgaron sus vidas y nos hicieron desaparecer como por arte de magia, manteniéndonos escondidos del operativo que nos rodeaba. Noche tras noche nos movimos siguiendo lechos de arroyos, barrancos, cualquier cosa. Consultamos con nuestros Ancianos lo que debíamos hacer y se decidió que nos mantuviéramos escondidos en la zona hasta la Danza del Sol de ese año a principios de agosto en Crow Dog, donde agradeceríamos personalmente a Wakan Tanka, el Gran Espíritu, el Gran Misterio... que había venido a nosotros aquel día en forma de águila, para guiar milagrosamente nuestra huida y salvar nuestras vidas.

Mientras tanto, el FBI, los GOON y la policía de la Oficina de Asuntos Indígenas parecieron enloquecer en lo que se ha calificado de la mayor persecución en la historia moderna de los Estados Unidos, represalia que aterró a toda la población de la Reserva de Pine Ridge en una operación de búsqueda y destrucción al estilo de las de Viet Nam. Derribarón los hogares de los indios tradicionales sin órde-

nes de allanamiento. Empujaron con violencia a las personas, incluidas mujeres y ancianos, y acosaron e intimidaron a quienes creyeron incluso remotamente partidarios del Movimiento, lo que, por supuesto, significaba casi todos los indios tradicionales de la Reserva de Pine Ridge.

Con la guía continua de los Ancianos, nos escondimos con varios amigos, pero casi todos los miembros del grupo fueron atrapados y arrestados uno a uno. Al fin decidí tratar de atravesar la frontera con el Canadá, con la esperanza de encontrar refugio con mis hermanos del noroeste, tal vez de encontrar asilo político. Pensaba que no tenía posibilidad de recibir un juicio imparcial en los Estados Unidos, o incluso de conservar la vida. Supimos que el FBI estaba tan enfurecido por la muerte de sus dos miembros, así como por nuestra milagrosa huida de su operativo, que dio rienda suelta a su ira disparando a bocajarro sobre todas las fotos de la familia de Jumping Bull que colgaban de las paredes de la sala, a algunas a la cabeza y a otras al corazón.

No tengo la menor duda de que hubieran hecho exactamente lo mismo con cada uno de nosotros si aquel día no hubiéramos seguido al águila.

Al huir al Canadá, seguía los pasos nada menos que de Sitting Bull, el hechicero hunkpapa lakota que, después de la Batalla de Little Bighorn el 25 de junio de 1876, había cruzado la frontera con su gente después de poner fin a la orgullosa carrera del general George Armstrong Custer, asesino de hombres, mujeres y niños indios inocentes. Curiosamente, para aquellos interesados en las cifras, el tiroteo de Jumping Bull el 26 de junio de 1975 se produjo exactamente noventa y nueve años y un día después de la Batalla de Little Bighorn... o Greasy Grass, como la llamábamos.

Sitting Bull sabía que la venganza del blanco sería rápida y despiadada. Como me ocurrió a mí, aunque no hubiera matado personalmente a Custer o a cualquier otro, seguía siendo lo que hoy recibe el nombre de “cómplice” por defender a su pueblo del sacrificio.

Sitting Bull no tenía idea sobre lo que había ocurrido o lo que iba a ocurrir, pero había dicho:

*¿Qué tratado que los blancos hayan cumplido han roto los rojos?
¡Ninguno!*

*¿Qué tratado que los blancos hayan concertado con los rojos han
cumplido ellos? ¡Ninguno!*

*Cuando yo era niño, los sioux eran dueños del mundo. El sol salía
y se ponía en nuestras tierras. Enviamos a miles de jinetes al combate.*

¿Dónde están hoy los guerreros? ¿Quién les dio muerte? ¿Dónde están nuestras tierras? ¿Quién las posee?

¿Qué blanco puede decir que le robamos la tierra o un centavo de su dinero? Y de todos modos dicen que soy ladrón.

¿Está mal que ame a los míos?

¿Está mal de mi parte porque mi piel es roja? ¿Porque soy sioux? ¿Porque nació donde vivieron mis padres? ¿Porque daría la vida por mi pueblo y mi país?